

**José Luis de Diego**

## **Editores alemanes en Argentina**

Durante el período 2004-2006 llevamos adelante en la Universidad de La Plata un proyecto de investigación que tuvo como resultado el libro *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 2006. El primer ciclo que consideramos correspondía a las dos últimas décadas del siglo XIX y lo titulamos “El surgimiento de un mercado editorial”. En esos primeros momentos de la precaria consolidación de un mercado tuvieron una importancia decisiva un puñado de editores llegados del extranjero. Aquí nos referiremos a los editores llegados de Alemania.

Sergio Pastormerlo, el colega que se ocupó del ciclo en análisis, postuló allí algunas hipótesis de interés. En primer lugar, la emergencia de un circuito de “cultura popular”: si con anterioridad solía asociarse lo popular con la oralidad, por oposición a la cultura letrada, hacia 1880 la noción de lo popular comienza a ser sinónimo de “comercial”. Para que lo popular se aproximase a lo comercial, fue necesaria la consolidación de un nuevo público lector, producto de las campañas de alfabetización. En segundo lugar, se produce una escisión entre cultura letrada y clase dominante, ya que a partir de entonces la literatura no va a responder necesariamente a sus gustos e intereses. De allí las repetidas reacciones de los patricios letrados contra la literatura comercial, ya se trate de los novelones gauchescos o de las novelas naturalistas que llegaban de Europa. Esa escisión fragmenta a la clase ilustrada, ya que la existencia de una nueva demanda seduce a buena parte de sus miembros que ven en ese mercado naciente una oportunidad de crecimiento económico. Así se van consolidando, con el tiempo, las instituciones de un mercado nuevo: periódicos de alcance masivo, escritores profesionalizados, revistas especializadas y, por supuesto, editoriales.

La constitución de editoriales se produce, como en otros países, a partir de la complejización del mercado; el editor es una figura moderna, propia del mercado capitalista, que nace como un mediador entre imprenta y librería. Quiero decir que el editor surge o bien como

un librero que comienza a editar, o bien como un imprentero que decide no sólo trabajar por encargo, sino también empezar a producir su propio catálogo. Según lo afirma Roger Chartier (2000: 59):

En ese momento [Francia, decenio de 1830] la profesión del editor se hace autónoma. No se confunde ya con el negocio del librero ni con el trabajo del impresor, aunque en esta época hay editores que poseen librerías y talleres tipográficos.

En Argentina, el proceso de independización del editor se puede advertir varios años después. El *Anuario Bibliográfico* que editó Alberto Navarro Viola a lo largo de la década del ochenta resulta un testimonio invaluable para analizar este conjunto de transformaciones. En el primer tomo del *Anuario*, correspondiente a lo editado en 1879, aparece el primer caso de diferenciación entre editor e imprenta: “Editor: Manuel Reñé, calle del Perú 42. Publicado por la imprenta del *Courrier de la Plata*” (Chartier 2000: 96). Sobre otro libro, en el mismo volumen, puede leerse: “Lo edita la Librería del Siglo Ilustrado, Buen Orden 124, pero es impreso en España” (Chartier 2000: 295). Quizá el caso más interesante es el de uno de los más importantes catálogos de Buenos Aires, el de Carlos Casavalle, el “editor nacional” por excelencia. Las primeras menciones a Casavalle en el *Anuario* de 1879 se refieren a la “Imprenta y Librería de Mayo, de Carlos Casavalle”; pero ya en el segundo tomo la referencia cambia: “Carlos Casavalle, editor. Imprenta y Librería de Mayo, calle Perú, 115” (Chartier 2000: 98). Como se ve, en un caso una librería local asume el papel de editor de un libro impreso en el extranjero; en otro, lo asume el imprentero y librero, Casavalle, ahora convertido en editor. Datos que nos hablan de una transición y de una emergencia: la de la profesionalización progresiva de lo que será el editor moderno.

La bibliografía sobre la inmigración alemana en Argentina suele distinguir un primer período que coincide con la gran oleada inmigratoria a partir de 1862 y se prolonga a lo largo de las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda; un segundo período post-Primera Guerra Mundial, y un tercer período post-Segunda Guerra, con el tantas veces citado caso de los refugiados del nazismo. En la actualidad, según datos provistos por la Embajada de Alemania, viven en Argentina alrededor de 50.000 alemanes y se calculan en 600.000 los descendientes de alemanes nativos. Sin embargo, el censo de 2001 refiere la existencia de sólo 10.362 habitantes alemanes, lo que constituye el

0,68% del total de extranjeros en el país. Sea como fuere, ese porcentaje era mayor para 1940, año en que la Dirección Nacional de Migraciones afirmaba que en el primer y el segundo período inmigratorio habían ingresado al país 152.000 alemanes, el 2,3% del total de extranjeros inmigrantes. Más allá de la precisión de los números o del posible interés que tengan para nuestro trabajo, es evidente que existió un ciclo de expansión inmigratoria que con el tiempo se detuvo, lo que no parece diferenciarse de lo que ocurrió con otras nacionalidades. Y que tanto en el ciclo de expansión (ese 2,3% de 1940), como en la actualidad (el 0,68% de 2001), la presencia alemana en el país siempre fue minoritaria respecto de inmigrantes de otros orígenes. A esta altura, ustedes pensarán que estoy pretendiendo demostrar algo que todo el mundo sabe. No, sólo procuro establecer un estado de cosas que justifica, por un lado, que algunos alemanes se hayan radicado en el país tempranamente, en la segunda mitad del siglo XIX; que muchos de esos alemanes trajeron consigo cierta experticia en el campo de las técnicas de impresión y de la tipografía, lo que les otorgó un lugar destacado en ese mercado; y que los que alcanzaron a convertirse en editores rápidamente se *argentinizaron*, ya que no existía en el país un público en lengua alemana que justificara políticas de edición en ese idioma. En este punto, sí existen diferencias significativas no sólo con los editores e imprenteros llegados de España e Italia, sino también con los franceses, como Claudio Joly y Félix Lajouane, quienes no sólo editaron en español e importaron libros en español editados en Francia, sino que también editaron en francés, ya que el francés se había convertido en una especie de segunda lengua de la clase letrada argentina. Según Clara Brafman, en aquella época los estudiantes bonaerenses leían los mismos libros que sus pequeños camaradas franceses (citado en Ceballos Viro 2009).

Los datos sobre la actividad de Jacobo Peuser son numerosos. Los referiré de un modo sintético. Nació el 28 de noviembre de 1843 en Camberg, una población de la provincia de Hesse-Nassau. Llegó en 1857 con su familia, que se en Paraná, al país. Entre 1860 y 1864 sabemos que trabajó en una papelería y librería ubicada en la calle Córdoba N° 81 de la ciudad de Rosario. Tiempo después se trasladó a Buenos Aires y comenzó a trabajar en la imprenta de José Alejandro Bernheim, un inmigrante francés que por esos años ponía en marcha *Le Courier de la Plata*, el primer periódico francés publicado en el

país. En 1867, con 24 años, Peuser se independizó y fundó su propio negocio, la “Librería Nueva”, la que se radicó, al año siguiente, en un local que le había comprado a Bernheim. Diez años después se mudó a San Martín 102 y, en 1891, a la esquina de Cangallo y San Martín, lugar que, con el tiempo, se identificaría como “la esquina de Peuser”. Las primeras actividades de Peuser como impresor se relacionaron con la producción de papelería comercial. El 28 de febrero de 1875 lanza y dirige el *Semanario Argentino Alemán*, el primer periódico en ese idioma que se publicó en el país. Se trataba de una “hoja informativa” (Sin autor 1943) que brindaba noticias del exterior y reproducía notas de medios argentinos de entonces, y que llegó a distribuirse, además del interior de nuestro país, entre las colectividades alemanas de Montevideo, Asunción y Boston, EEUU. Para 1881, sólo seis años después, el *Anuario...* de Navarro Viola dio cuenta de la existencia de cuatro publicaciones periódicas en alemán: el *Deutsche La Plata Zeitung* (La Plata, fundado en 1863 por Leopold Böhm y dirigido desde 1886 por Hermann Tjarks); el *Argentinische Bote* (Esperanza, Santa Fe); el *Argentinisches Wochenblatt* (Buenos Aires, fundado en 1878 y dirigido por Johann Alemann), y el *Deutscher Pionier am Rio de la Plata* (Buenos Aires, dirigido por Hermann Tjarks, de corta duración). No sabemos por qué el *Anuario...* no registró el periódico de Peuser: o bien lo consideraba sólo una “hoja informativa”, o bien su existencia fue efímera y ya no circulaba para el '81.

En 1875, Peuser se encuentra entre los fundadores del Club Industrial y adhiere a la petición de la Sociedad Tipográfica Bonaerense al Congreso de la Nación, en el sentido de reducir las barreras arancelarias para la importación de maquinarias. Se ha convertido en un hombre de negocios, con llegada al mundo de la política y del floreciente empresariado nacional. A menudo se ha destacado su iniciativa por incorporar a su empresa todas las novedades técnicas en el campo de las artes gráficas: fototipia, estereotipia, galvanoplastia, fotocromía, linotipia. En 1881, catorce años después de haber abierto su local propio, Peuser edita su primer libro: el tomo 1 de la *Descripción amena de la República Argentina*, de Estanislao Zeballos, impreso en tela azul con incrustaciones doradas, un alarde técnico de la tipografía de entonces, al menos en Argentina. A partir de allí, la presencia de las publicaciones de Peuser en el *Anuario...* van en constante aumento: 9 en el '83, 13 en el '85, 21 en el '86, 31 en el '87. Si nos detenemos

en algunos de sus primeros títulos, se puede advertir que no existían aún lo que hoy llamaríamos políticas de edición, ya que la heterogeneidad de los contenidos conspira contra la calidad de los productos. A manera de ejemplo: *Mamíferos fósiles de la República Argentina*, de Florentino Ameghino; los poemas gauchescos de Hilario Ascasubi; *Historia financiera de los Estados Unidos*, de Alberto Bolle; *Curso completo de Derecho General*, de Nicolás Calvo; *Sonetos*, de Leopoldo Díaz; *Recuerdos de la Guerra del Paraguay*, del General José Ignacio Garmendia; *Dos novelas sociológicas*, de Ernesto Quesada; *Apuntes de patología y quirúrgica veterinaria*, entre otros.

Como es sabido, la publicación de almanaques tiene una larguísima historia. Ya el *Anuario...*, en su edición de 1882, cita 7 títulos: un almanaque de recetas de cocina, un “triple almanaque” (con “datos indispensables al comerciante, al forastero, a las familias y a todas clases de artes y oficios”), un “almanaque Sud-Americano [...] enriquecido con producciones literarias”, un “almanaque de Buenos Aires” con “croquis bonaerenses”, y otros. En 1887, Peuser lanza por primera vez su célebre *Guía Peuser* –que incluía entrada y salida de barcos del puerto, los horarios de ferrocarril, los principales hoteles, agencias de correo y de telégrafo, etc.–, y un año después, en el '88, el *Almanaque Peuser*, con una nómina notable de colaboradores periodísticos y literarios. Una y otro, *Guía y Almanaque*, tuvieron una fama duradera. Para entonces, la firma había multiplicado sus sucursales: en La Plata en 1885 (en la esquina de 7 y 53), en Rosario y, ya en el siglo XX, en Mar del Plata, Mendoza y Córdoba. Había adquirido un taller de 8000 metros cuadrados en Barracas y contaba con más de 500 empleados. En 1889 participa de la Exposición Universal de París y allí el arte gráfico de Peuser es reconocido con distinciones. Una década después, la importación de las flamantes linotipos da su primer fruto: la edición de *Hania*, la novela del polaco Enrique Sienkiewicz. Jacobo Peuser murió el 8 de noviembre de 1901, días antes de cumplir 58 años de edad.

Cinco años después de que lo hiciera la familia Peuser, en 1862, llega a la Argentina el otro gran impresor y editor alemán de los inicios de nuestra industria: Guillermo Kraft. En 1864 inicia su actividad en la calle Reconquista 83, con un pequeño taller de impresiones, que mudó varias veces de domicilio. Notable dibujante y litógrafo, a Kraft se le atribuyen las primeras láminas litografiadas hechas en el país.

Las primeras publicaciones de la “Litografía e imprenta de G. Kraft” que registra el *Anuario* son, en el primer tomo, un reglamento; en el segundo, una tesis de medicina y una conferencia científica. Como en el caso de Peuser, el *Anuario...* da cuenta de un progresivo aumento en la producción de textos: 3 en 1880, 8 en 1882, 10 en 1885, 19 en 1886, 27 en 1887. Para aquellos años, los talleres más activos de Buenos Aires eran los de Martín Biedma (en Belgrano 133-135) y de Pablo Coni (en Alsina 60). Si trazáramos un cuadro del número de textos impresos por taller, tanto Peuser como Kraft ocuparían un lugar intermedio y esto por tres razones: 1) porque estaban en un momento inicial de su producción; 2) porque no se dedicaban sólo a la producción de libros y 3) porque, en el área específica de la producción de libros, se especializaron en el libro de calidad en la factura técnica, de alto costo y de circulación restringida. Kraft introdujo la primera máquina litográfica que se utilizó en Buenos Aires (se llamaba “La Adela”) y lanzó en 1885 el *Anuario Kraft*, un “almanaque”-guía comercial anterior al de Peuser. Guillermo Kraft murió en 1893 y la empresa continuó funcionando a cargo de su hijo y después de su nieto.

Una similar relación unió a Peuser y a Kraft con la literatura argentina. Por un lado, no suelen ser citados como los editores que descubrieron talentos o identificados con una generación literaria, como ocurre con Antonio Zamora y Claridad respecto del llamado grupo de Boedo o con Manuel Gleizer respecto de la vanguardia de los veinte. Por lo general, las ediciones de los alemanes se producían una vez que el autor o la obra adquirían cierto renombre y por tanto requerían una edición de lujo ilustrada, como ocurrió con la edición de *La guerra gaucha*, de Leopoldo Lugones, en Peuser, o de *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, en Kraft. Además, hay otro hecho, mucho más que anecdótico, que une a las editoriales referidas con la literatura argentina. Dos historias de la literatura argentina se publicaron hacia fines de los cincuenta, principios de los sesenta. Por un lado, la reedición de la *Historia...* de Ricardo Rojas en 10 tomos; por otro, la *Historia...* que dirigió Rafael Alberto Arrieta en 6 tomos. No es un dato menor que la primera la haya editado Editorial Guillermo Kraft Limitada en 1960 y la segunda Editorial Peuser entre el '58 y el '60.

Ha escrito Rubén Darío en *España contemporánea*, en 1901: “Las librerías de Madrid son de una indigencia tal, sobre todo en lo referen-

te al movimiento extranjero, [...] En Madrid no existe ninguna casa comparable a las de Peuser, o Jacobsen, o Lajouane” (citado por Arrieta 1955: 185). Luis Jacobsen era danés, había nacido en Copenhague y estudiado en talleres de Leipzig, en donde se concentraba la vanguardia de los avances técnicos en el campo de las artes gráficas; había trabajado, además, en la legendaria editorial Hachette, en París. Según cuenta Buonocore, Jacobsen “en 1867 partió del puerto del Havre en un velero de nacionalidad francesa, rumbo al África, en pos de quiméricos proyectos, pero las peripecias del viaje hicieron que llegara, en arribada forzosa, a las playas del Río de la Plata” (Buonocore 1974: 72). Dos años después, a partir de un cajón con libros franceses que traía en su viaje, Jacobsen se instala en Florida 242 y funda la “Librería Europea”. La librería ganó rápidamente un reconocido prestigio gracias a una notable red de agentes europeos que le hacían llegar las novedades en diferentes lenguas, y gracias al refinamiento de su propietario, culto, bibliófilo y políglota. Como editor, Jacobsen dio a conocer el primer libro de Eugenio Cambaceres, *Pot-pourri. Silbidos de un vago*, en 1882. En la librería de Jacobsen se formaron otros librereros, como su sobrino, también danés, Arnoldo Moen, y como el alemán Enrique Ristenpart, que luego trabajó durante años para Peuser. Buonocore afirma que la “Librería Europea” fue “la más importante de su tiempo sobre la porteñísima calle [Florida], hasta la llegada de los hermanos Moen en 1883” (Buonocore 1974: 42). Los hermanos Arnoldo y Balder Moen, establecidos en la calle Florida desde 1885, resultan los librereros más recordados entre los textos memorialísticos sobre aquellos años: los recuerdan Rafael Arrieta (1955), Manuel Gálvez (1961), Roberto Giusti (1965). Por ejemplo, se puede leer en *Visto y vivido*, el libro de Giusti:

Cuando un poeta o un novelista decía: “Moen me hace una vidriera”, lo contemplábamos con la misma envidiosa admiración con que hubiéramos mirado a quien nos dijese: “El emperador Guillermo me invitó en su yate”, o: “Estuve en una cacería con Eduardo VII” [...] ya era bastante favor conseguir de los hermanos Moen, no siendo ellos los editores responsables, que exhibieran un libro argentino entre los franceses que formaban la habitual población de su vidriera (Giusti 1965: 100-101).

Pero no todos son elogios en la evocación de Giusti:

Editores propiamente no los había. El autor se pagaba la edición. [Los Moen] autorizaban con su nombre prestigioso, sin comprometer un cen-

tavo, las obras de los escritores que lograban tanto honor [...] (Giusti 1965: 91).

Entre esas obras editadas por los librereros daneses se destacaron las de Leopoldo Lugones.

Como vemos, imprenteros que se comienzan a llamar editores, librereros que editan libros. Aquí sólo procuramos referirnos al decisivo papel que cumplieron algunos editores llegados de Alemania en la constitución de un campo profesional y en la consolidación de un mercado que con el tiempo se fue complejizando progresivamente.

### **Bibliografía**

- Arrieta, Rafael Alberto (1955): *La ciudad y los libros*. Buenos Aires: Librería del Colegio.
- Buonocore, Domingo (1974): *Librereros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: Bowker.
- Ceballos Viro, Álvaro (2009): *Ediciones alemanas en español (1850-1900)*. Tesis Doctoral, inédita.
- Chartier, Roger (2000): *Cultura escrita, literatura e historia*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Gálvez, Manuel (1961): *Amigos y maestros de mi juventud*. Buenos Aires: Hachette, Colección El Pasado Argentino.
- Giusti, Roberto F. (1965): *Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*. Buenos Aires: Losada.
- Navarro Viola, Alberto (1880-1888): *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta del Mercurio (algunos tomos aparecen en la Imprenta de M. Biedma).
- Pastormerlo, Sergio (2006): "El surgimiento de un mercado editorial". En: Diego, José Luis de (ed.): *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires/México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Sin autor (1943): *Don Jacobo Peuser. Rasgos salientes de su vida y su obra*. Buenos Aires: Peuser.